

Hermes Tovar Pinzón. *Potosí: el rostro de la muerte. Megaminería y globalización en los siglos XVI y XVII.* Bogotá: Universidad del Rosario, 2023. 360 p.

Christian Fabián Bejarano Rodríguez*

No es común entre los historiadores latinoamericanos estudiar geografías diferentes a las de sus propios países, las razones son múltiples y su discusión excede los alcances de este escrito. Tal realidad de nuestra historiografía es quizá lo primero que llama la atención en el más reciente libro del profesor Hermes Tovar Pinzón. Pero es aún más llamativo cuando el tema objeto de estudio es Potosí, el mayor centro productor de plata a nivel global durante la segunda mitad del siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII. La relevancia de este centro minero para la historia económica americana y mundial, evidentemente, ya había llamado la atención de numerosos investigadores que, a la luz de los desarrollos metodológicos que se fueron imponiendo a lo largo del siglo XX, estudiaron, entre otros temas, la producción de plata, las remesas de metal blanco y las formas de trabajo impuestas por el dominio español. Sin embargo, estos tópicos, que no escapan del análisis de la obra acá tratada, son hábilmente superados por Tovar, pues su objetivo no es una mera indagación de corte estructuralista, sino develar el carácter destructivo del colonialismo y las hondas cicatrices con las que marcó el devenir histórico de las sociedades latinoamericanas, al adentrarse en la catástrofe humana, social y ambiental que representó y sigue representando la megaminería en la región.

Tras un benedictino trabajo de archivo, que llevó a Tovar a recopilar información de innumerables fondos del Archivo General de las Indias, el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, el Archivo Histórico de la Casa Nacional de Moneda, en Potosí, el Museo Británico, la Biblioteca Nacional de Madrid, entre otros, el autor plantea de entrada una sugestiva paradoja cuando señala que las regiones latinoamericanas que contaron con grandes riquezas naturales, funda-

* Corporación Universitaria Minuto de Dios  <https://orcid.org/0000-0001-8522-991X>

mentalmente mineras, actualmente son polos de miseria; mientras que California, Australia o Nueva Zelanda, que en el pasado también fueron productoras de metales preciosos, hoy en día son sociedades equitativas y desarrolladas.

Los altos índices de desigualdad en México, Perú, Bolivia y Colombia, otra grandes productores de metales, parecen corroborar la afirmación del autor, quien tiene claro que crecimiento económico no implica desarrollo. La producción secular de oro y plata sin duda enriqueció a los grandes propietarios mineros y permitió la continuidad de la prosperidad económica europea durante el siglo XVI, pero a costa de una profunda marginalidad social en las Indias. Y aunque esta idea fue empíricamente sustentada a lo largo de la obra, brilla por su ausencia una valiosa y necesaria discusión teórica con la perspectiva institucionalista, que en los últimos años ha puesto en el centro del debate a las instituciones políticas como las encargadas en la distribución del ingreso generadas por el sector primario.¹

En Potosí pudo haberse producido alrededor 370 toneladas de plata —sin contar lo que salió de contrabando— entre 1556–1783 (p. 241). Uno de los tesoreros de la mina informó que entre enero de 1556 y diciembre de 1783 se recibieron 972.236.540 de pesos, mientras que otros calcularon 1.095.500.000 de pesos desde su descubrimiento hasta 1803. Gunnar Mendoza Loza calculó que entre 1545 y 1824 la producción fue de 1.149.217.920 de pesos (pp. 47–48). Estos guarismos le permitieron a Tovar, por un lado, analizar el sistema monetario español al establecer la función de los denominados *premios*, que fueron el mecanismo que sirvió para mantener la paridad de las diferentes monedas que circulaban en la Península y las Indias² cuando el peso español comenzó a padecer los avatares de la devaluación. Por otro lado, le permitieron concluir que no se está frente a una minería industrial sino monetaria, cuyo único propósito no era otro que producir mercancía dinero para favorecer las exigencias de numerario requeridas por el desarrollo económico europeo.

La producción de plata fue sustentada a lo largo del periodo colonial, en buena medida, por el trabajo indígena, que nuestro autor hábilmente logra periodizar, dado que las diferentes formas de trabajo —junto con las diferentes innovaciones tecnológicas— determinaron los diferentes ciclos productivos en Potosí. El primer ciclo (1546–1566) se sustentó con el trabajo de los yanaconas a través de las técnicas huayras. Cuando este método fue incapaz de responder a la demanda de plata solicitada por los mercados coloniales y europeos se estableció la mita,

-
1. Véase: Daron Acemoglu y James Robinson, *Why Nations Fail?* (New York: Crown Publishers, 2012); Marc Badia-Miró et ál, *Natural Resources and Economic Growth: Learning from History* (New York: Routledge, 2015).
 2. El Imperio hispánico operó básicamente con dos tipos de moneda: el real de vellón (que circulaba en la Península) y el peso de plata (moneda americana); también circuló el ducado, acuñado en Europa, pero que en América era moneda de cuenta y sirvió como referente contable; el peso de minas, moneda imaginaria que en las Indias no tuvo otro propósito que el de comprar barras de plata en los minerales; y los pesos ‘ensayados’ también imaginarios que con frecuencia se hallaban en los registros contables de las cajas reales (pp. 217–220).

en 1573, inaugurándose un segundo ciclo minero —y el más productivo en la historia de la mina— en el que las técnicas huayras fueron reemplazadas por el mercurio producido en la mina de Huancavelica. Este segundo ciclo concluyó a mediados del siglo XVII, cuando la producción del metal blanco entró en franca decadencia. Ahora bien, una aclaración de Tovar respecto al segundo ciclo minero es que, aunque se cree que la mita fue la forma de trabajo predominante en Potosí, en realidad fue el trabajo libre el que se impuso (cuadro 16, p. 115). Dada la relevancia de esta afirmación, causa curiosidad la ausencia de un diálogo entre los hallazgos del autor con los trabajos de la historiadora Susana Barragán sobre los sistemas de trabajo en Potosí, en los que además ha incorporado una interesante perspectiva de género.³

El colonialismo europeo rompió los cimientos de las sociedades nativas americanas. Sus contradicciones internas, como sucedió en buena parte de los territorios del Nuevo Mundo, no tardaron en manifestarse en la evolución demográfica de las comunidades indígenas. Como es bien sabido, la explotación laboral, el desarraigo, las enfermedades respiratorias e infecciosas, el maltrato, las huidas, entre otras, fueron responsables de la catástrofe demográfica en Potosí. Algunas cifras: entre 1575 y 1688 la población tributaria pasó de 95.000 a 33.423 indios (p. 105). Sin embargo, la decadencia potosina no se debió a la merma poblacional, sino a la disminución de los metales preciosos, así “por más indios que hubiera en las minas, si los costes de producción eran más altos que los beneficios, era preciso abandonar su explotación” (p. 128). Para la segunda mitad del siglo XVII ya no era suficiente la introducción de nuevas tecnologías para la producción de la plata. Si los primeros ciclos fueron demarcados por las huayras y luego por el azogue, que permitieron un ciclo de auge en la mina, el nuevo ciclo de decadencia era determinado por la ausencia del mineral.

Ahora bien, aunque las técnicas huayras no predominaron por más de dos décadas, esta forma de producción permitió la ampliación del comercio global, cuando en 1571 se fundó Manila, la primera ciudad global. Gracias a ella la plata no solo integró a España y América, sino que cohesionó comercialmente a estos espacios económicos con el sudeste asiático, China, Japón y el Lejano Oriente; productoras de especias, algodón marfil, entre otros. Potosí era una ciudad con una enorme población.⁴ Se entiende entonces que la demanda de bienes también fuera enorme. De allí que en torno a la ciudad se formara un vasto circuito comercial que se extendía desde las regiones adyacentes hasta Buenos Aires, Brasil,

3. Véase Rossana Barragán, “Working Silver for the World: Mining Labor and Popular Economy in Colonial Potosí”, *Hispanic American Historical Review* 97.2 (2017): 193–222, DOI: [10.1215/00182168-3824041](https://doi.org/10.1215/00182168-3824041); Rossana Barragán, “El ‘bien público’ del trabajo compulsivo en entredicho: contrapuntos de voces y acciones en Potosí (siglos XVII-XVIII)”, *Trabajos y trabajadores en América Latina (Siglos XVI-XXI)*, coord. y comp. Rossana Barragán (La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2019) 369–400.

4. Para 1611 contaba con 150.000 habitantes, hacia 1680 eran 110.000 y en 1778 eran 24.500 (p. 184).

Quito, Panamá, Portobelo, La Habana y Acapulco. Se creó un vasto circuito económico a donde llegaban mercancías desde Europa y Asia que se transformaban en dinero, para luego volver a mutar en mercancías, “un recorrido que convertía al dinero en capital” (p. 140).

Así, aunque la obra de Assadourian⁵ fue vital para estudiar los mercados alrededor de Potosí, el trabajo de Tovar va más allá, al estudiar a la ciudad minera desde una perspectiva global. Potosí se nutría de bienes de todo el mundo, estaba lejos de ser un mercado autosustentable o meramente andino (p. 143). Para el autor, estamos frente a un cinturón global que articulaba la Ruta de la Seda con el Pacífico y el Atlántico, con lo cual, la globalización estaba lejos de ser un fenómeno moderno. Ya desde el siglo XVI Potosí permitió el “intercambio de gentes, amplió la circulación de bienes y universalizó el peso de plata de 272 maravedíes como patrón monetario” (p. 145). Con lo cual la plata no solo se drenaba por la vía atlántica, sino también por el Pacífico para vincularse con la Ruta de la Seda a través de las Filipinas.

Otro de los propósitos de Tovar es introducirnos en una economía sustentada en un modo de producción primario exportador, cuya principal actividad económica era la megaminería, que trajo consigo un irreparable daño ecológico. De aquí la fascinante actualidad que alcanza la obra, pues Potosí fue despojado de sus atributos ecológicos. El cerro se convirtió en una roca árida tras la destrucción de la vegetación que había impresionado a los cronistas y viajeros. La vegetación y fauna que abundaban a mediados del siglo XVI desaparecieron para siempre. Se alteró permanentemente el paisaje. La arena y la miseria que ahora predomina en el cerro no parece ser más que el presagio de lo que dejará la minería a cielo abierto, que transforma montañas en enormes excavaciones, o del *fracking*, que destruye las fuentes hídricas y erosiona la tierra.

En *Potosí: el rostro de la muerte* estamos frente a la irracionalidad del colonialismo europeo, que no solo se manifestó en el agotamiento de los recursos energéticos —vegetales y humanos— del cerro, sino también en la precaria inversión social expresada en el deficiente sistema sanitario de la ciudad costado por los mitayos. Prueba de ello fue la tragedia del Cari-Cari, magistralmente narrada por Tovar, o en el hecho de que a lo largo del periodo colonial apenas lograron erigirse dos hospitales en una ciudad de más de cien mil habitantes. La reinversión social del imperio español solo se destinó a la defensa del Caribe,⁶ situación que revela que las colonias en Ultramar siempre debieron ser autosostenibles. Pero también comprueban que la megaminería en América nunca ha sido una actividad generadora de desarrollo social, sino que por el contrario es un polo de miseria, destrucción del medio ambiente y de la salud. La megaminería, en efecto, es el rostro de la muerte. El modo primario exportador que se ha mantenido vigente desde hace

5. Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1982).

6. Cerca del 45% de los metales se quedaron en el Caribe para financiar la defensa de las colonias (p. 56).

cinco siglos en Latinoamérica ha sido un factor generador de riqueza solo para las élites locales y las potencias hegemónicas. De ahí el afán de dichas élites por mantenerlo vigente, minando proyectos políticos y económicos que han pretendido avanzar en la consolidación de un verdadero proyecto industrializador, cuando no es que han bañado en sangre a aquellas comunidades que se han opuesto a las exploraciones mineras o a la explotación de los subsuelos en sus territorios.

DOI: 10.17533/udea.trahs.n24a18